

EL DULCERO



ES UNO de los tipos populares de la Habana. Cuanto más pobre y populoso sea un barrio, más vendedores de dulces lo recorren. Venden golosinas al menudeo, desde uno á cinco centavos.

Cinco centavos de *pan de maíz*, son como cinco kilos de *pienso*. La *pobrea*—como hemos oído llamar á la clase pobre en algunos salones—suele, en días en que *chifla el mono*, alimentar á su *cria* con dulce de *tablero*.

El ejemplar que exhibimos es de los reformados. Los más comunes son menos escrupulosos. Este lleva entre cristales la mercancía; los otros la llevan á la intemperie; y se observa que el *merengue en plato*, por ejemplo, después de un recorrido, tiene tanto de merengue como de cemento á fuerza de recoger polvo; resultando un manjar de azúcar, clara de huevo y mampostería: algo así como la obra colectiva de un repostero y un albañil.

En esa música callejera de vendedores ambulantes, el dulcero se distingue, si no por la armonía, por la originalidad de su pregón. Conocemos uno que grita á todo pulmón: ¡Qué me voy, qué me voy, qué me voy...!!! Y no crea nadie que se va tan fácilmente. Esa despedida dura media hora para tormento de los que no comemos de tablero.

El ejemplar que hemos fotografiado, aunque es de los más distinguidos, tiene también su estribillo. Hace alto donde le conviene y mientras dura la parada está diciendo:

—¡Arrimen, arri... men..., a... rri... men!! Lo cual es un modo singular de *arrancarle* á uno la existencia con *dulce* seco y en almíbar.

El cuidado más grande de todo dulcero es que en los dulces no meta más que él los dedos; pero no sabemos que nadie cuide de que los dulceros los tengan más limpios que el comprador.

Nosotros, que somos más sanitarios que un cafeterista, aconsejamos que todo merengue, sopa borracha ó boniatillo, etc., etc., de tablero descubierto, no lo coman sin lavarlo con jabón de castilla y estropajo.

